

—Lo que usted oye: nuestra hermosa Dolores ha pasado
al seno de nuestro Señor.
Julia despidió á la monja lánguidamente conmovida, pero en
realidad para que no sorprendiera su hijo. Julia había
creído encontrar lo que buscaba: una oportunidad.

—¡Dios mío! exclamó Julia oyendo de todas las
maneras que parecían un abandono y se invocó rompiendo el lazo
de sus prisiones: ¡si bien sabes que los intentos que hic
ieron en un momento de dolor, creyendo que todo había
concluido para mí en el mundo.....

Julia se levantó con tranquilidad: procuró dar á su economía
el sello que podían tener las circunstancias y se dirigió á ver
á la abadesa para darle las gracias por el cargo con que la
había honrado.
La abadesa la recibió con bondad, le entregó todas las
llaves y la despidió en seguida.

Por Julia con pretexto de interiorizarse á fondo y llevar
cuidadosamente sus nuevos deberes, recorrió todo el convento
registrando las cerraduras de las puertas: esto tenía por
objeto madurar el plan que ya germinaba en su cerebro.

—Lo que usted oye: nuestra hermosa Dolores ha pasado
al seno de nuestro Señor.
Julia despidió á la monja lánguidamente conmovida, pero en
realidad para que no sorprendiera su hijo. Julia había
creído encontrar lo que buscaba: una oportunidad.

—¡Dios mío! exclamó Julia oyendo de todas las
maneras que parecían un abandono y se invocó rompiendo el lazo
de sus prisiones: ¡si bien sabes que los intentos que hic
ieron en un momento de dolor, creyendo que todo había
concluido para mí en el mundo.....

Julia se levantó con tranquilidad: procuró dar á su economía
el sello que podían tener las circunstancias y se dirigió á ver
á la abadesa para darle las gracias por el cargo con que la
había honrado.
La abadesa la recibió con bondad, le entregó todas las
llaves y la despidió en seguida.

Por Julia con pretexto de interiorizarse á fondo y llevar
cuidadosamente sus nuevos deberes, recorrió todo el convento
registrando las cerraduras de las puertas: esto tenía por
objeto madurar el plan que ya germinaba en su cerebro.

En la noche del siguiente día, un coche se detuvo como á
las doce en el ángulo que forma el convento con la plazuela
de Villamil.

Era el mes de Agosto: toda la tarde había llovido con in-
sistencia. Las calles estaban intransitables: uno que otro
transeunte andaba á esas horas fuera de su casa.

Los guardas nocturnos, arrebujados en sus capotes, se
guarecían de la menuda lluvia que seguía cayendo, replega-
dos á los dinteles de algunas puertas.

En México no llaman la atención ciertas cosas, y mucho
ménos á la policía, ni en estos ni en aquellos tiempos. Por
otra parte, no era para inspirar muchas sospechas un car-
ruaje elegante, tirado por magníficos frisonos y estacionado
en una esquina: podía muy bien estar esperando á su dueño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSO REYES

Nosotros, que todo lo sabemos, diremos á nuestros lectores que el carruaje era de Gerardo, que envuelto en una ancha capa, estaba en el interior de él.

Le dejaremos esperando, y penetremos al convento, refiriendo ántes algunos pormenores.

La monja que habia muerto, fué aquella que vimos en la portería el dia de la profesion de Julia, y que ofreció á un reverendo padre dulce de membrillo.

Sor Dolores habia contraído una enfermedad larga y penosa, á consecuencia del celibato. Esta enfermedad, despues de haberla hecho padecer largos años, la condujo al fin al sepulcro.

Julia estaba impuesta de la enfermedad de la monja, y no obstante que se alegró de hallar la ocasion para evadirse del convento, consagró algunas horas de sincero dolor por la memoria de Sor Dolores.

El cadáver de la monja fué expuesto en el coro bajo, y en la tarde se inhumó en el mismo lugar.

A la siguiente mañana, Gerardo recibió un papel de Julia, en que esta le pedia un puñal, y le avisaba que la esperase esa noche.

Veamos lo que pasó.

En el instante en que el reloj dió las doce y media, Julia salió de su celda con precaucion, andando despacio, mirando hácia atrás á cada momento, aplicando el oido al menor rumor.

La noche estaba oscura: la lluvia continuaba cayendo con

cierta monotonía, dejándose oír un ruido acompasado y ténue que inspiraba á Julia una tristeza pavorosa, que á veces la hacia vacilar en su propósito; entonces miraba hácia el cielo, como queriéndole interrogar.

Tambien el que va á cometer un crimen dirige una mirada interrogadora á lo desconocido.

Aquella masa de negras nubes no respondia á la exaltada imaginacion de la monja; y la lluvia, siempre la lluvia, seguia cayendo con lentitud.

¿Seria aquella situacion de la naturaleza una respuesta negativa á Julia? ¿ó seria acaso una prueba de neutralidad? Sor Julia creyó lo segundo y siguió avanzando.

Algunos relámpagos lejanos vinieron á alumbrar el camino de Julia, que aguzando el oído y tratando de mirar andaba paso á paso, empuñando resuelta su puñal.

A la fosforescente luz de los relámpagos, Julia abarcó con la mirada é instantáneamente, aquellos corredores sombríos sostenidos por arcos toscos y espesos.

Su jaula debió parecerle en aquel momento sumamente horrorosa, puesto que sintió reanimarse, y continuó su marcha presintiendo en su alma la extension de otros horizontes donde respiraria mejor.

Julia se hallaba á la sazón en un patio que se comunicaba con el coro bajo por medio de una puerta estrecha, cuando dos monjas, que venian de rezar, salian por aquella puerta. Julia pensó en lanzarse sobre ellas y asesinarlas, pero una reflexion súbita la hizo variar de idea, y tirándose al suelo con presteza se escondió tras un arriate. Las monjas pasaron rezando.

Quando el rumor de sus pisadas se hubo extinguido, Julia se puso en pié, se entró por aquella puerta y después de cerrarla por dentro, se dirigió al coro bajo.

En la iglesia reinaba un silencio imponente.

Las sombras todo lo invadían, y allá en el altar mayor, un punto luminoso proyectaba una escasa luz: era la lámpara del Santísimo.

Julia tembló: Julia sintió como que muchas bocas que nada le decían, le lanzaban un vaho caliente á los oídos.

Retroceder era perderse, puesto que perdía la oportunidad; para avanzar en su empresa sentía un calofrío de muerte.

¿Qué hizo al fin?

Encendió una luz y avanzó, avanzó casi con fiebre; quitó las vigas y en seguida empuñó una pala que llevaba á prevención, y comenzó á sacar la tierra.

La lluvia azotaba los cristales de las ventanas, y los relámpagos alumbraban de una manera fantástica aquel lugar.

Cada vez que Julia introducía su pala dentro de la tierra, extrayéndola en seguida, el eco repetía el ruido de una manera pavorosa.

Por fin, Julia descubrió la caja que encerraba el cadáver de sor Dolores: rotó la cerradura con el puñal y abrió.

Al ver la cara lívida de la muerta, Julia dió un paso atrás; pero reponiéndose al punto, extrajo el cadáver de la caja y lo colocó á un lado de la escavacion. Volvió de nuevo á empuñar su pala, y comenzó á tapar el sepulcro que solo encerraba una caja vacía.

Quando hubo borrado toda huella que diera á conocer la violacion de aquella tumba, se cargó á la muerta, se colgó

la pala del hábito, empuñó su arma y se dirigió á la puerta. En aquel momento, la luz que habia olvidado se apagó: Julia buscó á tientas la linternilla y abrió la puerta.

Un viento helado soplaba por todas partes: Julia sudaba como si hubiese tomado un baño de vapor.

Recorrió el mismo camino que habia traído sin tropiezo alguno, y llegó por fin á su celda.

Ya era tiempo: al entrar, cayó al suelo rendida de fatiga y de terror. Mas se repuso luego, colocó el cadáver en su propio lecho, y como si pudiera la muerta escucharla le dijo:

—«Hermana mia, perdóname, pero yo no quiero morir aquí como tú.»

En seguida le derramó aguardiente en el rostro, por el hábito, y sobre algunos muebles; aplicó la llama de la vela, y todo comenzó á arder. Cuando estuvo convencida de que el incendio tomaría incremento, besó la mano de la muerta, y echó á correr en direccion de la portería, cuya llave llevaba.

Atravesó corredores y patios como una sombra fantástica, y al abrir la puerta de la calle, se encontró con Gerardo que la esperaba con ansiedad.

—¡Julia, Julia! exclamó Urrutia.

—Pronto, pronto, porque me siento morir, contestó la prófuga.

El señor Urrutia cerró la portería llevándose la llave, envolvió á Julia en su capa y la cargó hasta el coche. Colocóla en los almohadones, entró él y el carruaje partió al trote de sus caballos.

Julia se habia desmayado.

Una mañana fresca y pura amaneció el día del incendio. El sol, con sus calientes rayos, hacia que se levantasen de la tierra densos vapores: las flores, frescas y lozanas, parecía que saludaban al sol. Los pajarillos trinaban en las verdes y empapadas copas de los árboles. Allá, por el Occidente, se veían mil blancas nubes que bajaban á las montañas. Se respiraba un ambiente perfumado.

En esa hora, Julia despertaba en el lecho de la recámara del señor Urrutia.

Los ojos de la jóven se abrian con cierta pesadez, y comenzó por mirar con curiosidad cuanto le rodeaba: estaba sola; Gerardo habia salido muy de mañana para arreglar varios negocios.

Julia sentia cierta languidez en todo su cuerpo: como una especie de fatiga dolorosa; algo parecido al cansancio....

Sus ojos contemplaban con entorpecimiento cuantos objetos habia en la recámara.

Una somnolencia, mitad grata, mitad pesada, la retenia en el lecho.

Julia, despues de mirarlo todo, se puso á llorar: estaba triste; le hacia falta algo: algo muy grato y que forma la belleza espiritual de la muger. ¡Su virginidad!

¿Y por qué no lo hemos de decir?

El corazon humano tiene arcanos misteriosos, y principalmente el de la muger. No hay una sola jóven honrada y pura en la cual no haya dejado un recuerdo doloroso su primera noche de boda.....

¡Qué saben ellas de lo que les va á acontecer! Sufren un desencanto al descender al terreno material: ademas, la pérdida de su primitivo estado, es como el último fulgor de la inocencia..... Despues es cuando entre caricias olvidan la justa causa por la que vertieron santas lágrimas.

Hay veces, que el amor que sentian por su amante, declina por el autor de su nuevo estado: mas tarde cumple á su deber desempeñar la noble mision de madres: entónces en su corazon se opera el último cambio: entónces aman á su compañero con gratitud por haberlas hecho madres. Olvidan aquel resentimiento que guardaban en lo íntimo de su alma, para amarlo y respetarlo como el padre de sus hijos.

Nosotros conocemos á Julia: sabemos perfectamente que era inocente y cándida. Educada con sencillez por su padre y despues en el convento, qué sabia ella de lo que era el deleite?

En el albor de su vida juvenil, amó como se ama una sola vez en la vida, con pasion y con ternura. Al sufrir su primera decepcion, creyó haber muerto para el mundo y escogió el claustro como su mejor sepulcro: pero allí, en su retiro, comenzó á sentir renacer en su alma todos los encantos

y goces de su único amor. Y vino un dia en que volvió á ver al que fué su amante, y entónces, presa el alma de mortal congoja, se sintió débil para cumplir los votos que le hizo pronunciar el despecho. Ver y amar toda la vida al ídolo de su cariño fué su mas vehemente deseo desde ese dia: consiguiólo al fin, y ahora que estaba á su lado lloraba con amargura, lloraba y no queria ver á Gerardo. Experimentaba en su corazon algo parecido al sentimiento, á la vergüenza.

Algunos recuerdos de su primera edad vinieron á su mente. Recordaba á su buena madre cuando vivia, á su padre que tanto le habia hablado de la deshonra..... ¡Oh! qué fea es la deshonra, se decia Julia, y luego agregaba: Si pudiera huir, creo que abandonaria á Gerardo.

Despues pensaba en Constanza, y no sabiendo lo que le habia sucedido, casi se alegraba de que se hubiera muerto su hermana. Si algun dia, se decia Julia, la hubiera yo vuelto á ver, ¿qué diria de mí?.....

Recordaba con amargura hasta el convento; qué vida tan diferente se le esperaba ahora! Pensaba en su Niño Jesus que tenia en su celda, y por el cual sentia particular cariño. Julia estaba anegada en lágrimas, y del fondo de su alma se elevó eata ferviente súplica á Dios:

Señor, ten piedad de mí!

La puerta de la recámara se abrió.

Julia se habia cubierto la cara, con la ropa de la cama.

Gerardo, pues era él quien habia entrado á la alcoba, se acercó de puntitas al lecho y descubrió el rostro de su sacrilega amante.

Julia fingió que dormia: el señor Urrutia se quedó contemplándola con amor, y sus lábios murmuraron esta palabra:

—Duerme.....
 Despues, acercó su cara al rostro de Julia, é imprimió un beso en su mejilla.
 La jóven, hizo un movimiento como si despertase, y abrió los ojos.

Se miraron.....

¿Quién podria expresar con propiedad lo que se dijeron con aquella mirada?

Gerardo estaba trémulo: Julia sentia que el rubor le quemaba el rostro, y dos lágrimas, lágrimas purísimas que brotaron en sus ojos sin esfuerzo alguno, titilaron en ellos por un momento, rodando despues por sus mejillas.

—Lloras..... ¿y por qué?.....

—Gerardo..... yo.....

—Tú, ¿qué, ángel querido?.....

—Es.....

—Qué.....

—Tengo..... algo..... así..... inexplicable.....

—Parecido á.....

—La vergüenza. Dijo la jóven, rompiendo á llorar con amargura.

Gerardo sentia que el amante llanto le quemaba el corazón: pero al mismo tiempo sentia una mezcla indefinible de tristeza y de placer.

—Julia, no llores..... no seas tonta..... yo te amo: estoy á tu lado..... Nuestro lazo es mas indisoluble que el del matrimonio: nos liga el crimen..... El crimen, sí, pero no temas, no, que nada ni nadie nos separará. Al pié del cadalso, lo mismo que al borde del infierno, si lo hay, murmuraré esta palabra á tu oído:—¡Yo te amo!—Y la diré

siempre con tal ternura, que no pienses sino en mí..... Déjame embriagar en tu mirada, choca tus lábios con los míos, no quiero otra cosa que identificarme con tu sér.

—Gerardo..... yo no sabia..... lo.....

—Tú no sabias nada, encanto mio: estaba un velo ante tus ojos: la inocencia..... Yo lo descorrí..... ¿Me amas ménos por eso? No, ¿no es verdad? No llores, nada temas.... ¿no eres mia, enteramente mia?.....

—Sí.

—Pues enjuga ese llanto, Julia idolatrada.

La jóven lloraba con amor, sintiéndose magnetizada con las caricias de Gerardo.

—¿Y qué, vamos á vivir aquí? preguntó Julia con voz entrecortada aún por los sollozos.

—No, Julia: vamos á viajar. Es indispensable hacerlo: es una medida precautoria. Pasados algunos años, te presentaré sin peligro ante la sociedad, como mi esposa.

—¿Y mi padre, has sabido de él?

—Sí, contestó Gerardo mintiendo: y es tal el pesar que tenia con que tú fueras monja, que casi se ha alegrado al creerte víctima del incendio.

—Pobre padre!

—No te acuerdes de él: por mi amor todo lo has arrojado, no es tiempo de acordarse de nada. Vivamos el uno para el otro, sin mirar mas allá.

Julia, completamente consolada, estrechó á su amante en sus brazos.

.....

La mañana fué agradable para los dos amantes: pasáronla en preparativos para su viaje, que interrumpían á cada momento para besarse con amor.

Dos días despues, un carruaje cubierto con una camisa blanca, salia por la garita de Vallejo, con direccion á San Luis. Eran Gerardo y Julia, que abandonaban la capital.

EL ABUELÓ Y EL NIETO.

Por todas estas razones el señor Pastrana habiéndose en casa de la calle de la Concepción, en la que disfrutaba algunas veces de ventura al lado de su nieto Salvador, á quien precioso y de una imaginación viva y en gran se habian conocido las ideas del señor don Nemesio.

Habian transcurrido cuatro años y dos meses desde el día en que Julia se habia fugado del convento, olvidando los votos que debiera guardar toda su vida.

Nuestros lectores nos van á acompañar á la casa del señor Pastrana.

El señor don Nemesio habia sufrido tanto, habia tenido pesares de tal magnitud en tan pocos años, que su cabeza, ántes gris, estaba ahora blanca como la nieve. La vista la habia perdido casi del todo; no podia andar dos calles sin sentirse fatigado: en una palabra, parecia un octogenario. Su excelencia el ministro, que siempre le habia distinguido con su amistad, y que estaba impuesto de las desgracias de su viejo amigo, le habia jubilado al fin, en vista de la absoluta imposibilidad del señor Pastrana para concurrir al ministerio. El señor don Nemesio recibia con toda exactitud y mensualmente su sueldo de retirado.

La cantidad que recibia le era suficiente para cubrir sus gastos.

No había querido mudarse de su antigua casa, porque estaba poblada para él de recuerdos: allí había vivido con su esposa durante la menor edad de sus hijas: allí había disfrutado también de días venturosos; por último, allí creía oír algunas veces en medio de esos espejismos del dolor, la voz alegre de su hija Julia cuando era la ventura del hogar. Allí, en fin, había muerto Constanza: el anciano la veía con su imaginación fascinada en su lecho de angustia, muriendo cristianamente y encargándole á él á su hijo Salvador.

Per todos estos motivos el señor Pastrana habitaba su casa de la calle de la Concepcion, en la que disfrutaba algunas veces de ventura al lado de su nieto Salvador, niño precioso y de una imaginación viva y en quien se habían concentrado las afecciones del señor don Nemesio.

Serian como las siete de la noche en el momento en que Salvador salía de la recámara para la sala, tocando un pequeño tambor y marchando á paso redoblado, según le había enseñado su abuelo.

Don Nemesio, sentado en una silla próxima á la mesa redonda, se ocupaba en limpiar los cristales de sus anteojos.

Cuando el nieto llegó á estar cerca del abuelo, este le dijo: —¡alto!

Salvador hizo alto militarmente, y esperó las demás voces de mando.

—Frente!

Salvador presentó el frente á don Nemesio.

—Por la derecha, alinearse!

El niño, como si realmente estuviera en formación, se movió para buscar su alineamiento.

—Firmes!

Salvador obedeció.

—Muy bien, muy bien: ven á darme un beso, chiquitín. El niño corrió abriendo los brazos y presentó su frente al anciano.

—¿Qué soy ya, papá grande?

—Tambor.

—No.

—¿Pues qué quieres ser?

—Ayer me dijiste que era yo capitán.....

—Sí, pero ahora saliste tocando el tambor, y eres tambor.

—No, no quiero ser tropa.

—Pues bien, entonces eres comandante ¿quieres?

—Sí.

—Vamos á ver, dijo don Nemesio, que había sentado al niño en sus piernas, y contemplaba sus grandes ojos llenos de inteligencia y que lanzaban miradas melancólicas: vamos á ver, ¿qué has de ser tú de grande?

—General.

—¿Y qué más?

—Presidente.

—¿Y qué haces á tu abuelo entonces?.....

—Rey.

—No, hombre, no seas tonto, no puede haber rey á donde hay presidente.

—¿Por qué, papá grande?

—Porque la monarquía es un sistema de gobierno, y la república es otro.

—Pues tú serás lo que quieras.

—Ministro, hombre.

—Eso es, eso es, papá, ministro vas á ser: ¿y de qué?

—De guerra.

En ese momento sonaron las ocho, y comenzaron á dar el toque de ánimas.

—Oye, papá, dijo el niño.

—Sí, hijo mio, contestó don Nemesio: la plegaria de las ocho ¿no? ¿quieres que recemos?

—Sí, por mamá y por mi tía, repuso el niño que estaba acostumbrado por su abuelo á rezar todas las noches al oír las ocho.

El anciano lo miró conmovido, hizo que el niño se arrodillase haciéndolo él también, y la oración por Constanza y por Julia, principió en medio de las lágrimas silenciosas de don Nemesio.

Era un acto conmovedor el ver arrodillados y orando por el descanso de las almas de unos seres tan queridos, á un niño y á un anciano.

¡Cómo no habia de escuchar aquella piadosa oración, aquella sencilla plegaria, AQUEL que dijo:—*Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados!*—

Terminada la oración, el niño volvió á sus juegos infantiles, y el anciano lo contemplaba con tierno interés.

—Qué será de mi pobre hijo, cuando yo muera, pensaba don Nemesio: ese día no está lejano, por desgracia nuestra: siento que la vida se me acaba, ya es tiempo; bastantes golpes he soportado de la adversa suerte.....

Soy un tonto, continuó pensando don Nemesio: existe una Providencia protectora que está al corriente de mis temores y se sonríe de ellos. Mi hijo no será abandonado: quizá le reserve el cielo una suerte propicia, en compensación de los infortunios que á nosotros se sirvió enviarnos.

Esto pensaba el señor don Nemesio cuando entró el doctor en la sala.

—¡Señor don Nemesio!

—Querido doctor.

—Padrino, gritó el niño, corriendo al encuentro del médico.

—¿Cómo te va, picarillo? ¿qué dice la escuela?

—Estoy ya en libro tercero, padrino.

—Muy bien, muy bien, repuso el médico acariciando al niño y tomando asiento junto al señor don Nemesio.

—¿Jugamos? preguntó el señor Pastrana.

—Un solo juego, estimado señor, porque tengo un enfermito de gravedad y estoy preocupado.

—¿Es algun niño?

—Sí: hijo de gente rica, y quisieran que no me quitase yo de su cabecera: lo quieren entrañablemente.

—¿Y que enfermedad tiene?

—Una fiebre peligrosa que al principio me hizo concebir serios temores por su vida: actualmente hay esperanzas de que se salve, siempre que observen, como lo espero, el tratamiento que he prevenido.

—¿Tiene madre?

—Sí, una jóven muy bella: Luisa Carranza de Urrutia. El señor Pastrana se estremeció y repuso:

—¿De Urrutia? Yo conozco ese apellido: recuerdo que en otro tiempo..... por el año de..... sí, hace seis años ó siete, poco mas ó ménos, que un jóven que se llamaba Gerardo Urrutia.....

—Gerardo se llama también el marido de esta jóven.

—Pues es el mismo. ¿Con que está casado, eh?

—Sí: ¿le conoció usted?

—Ojalá y nunca le hubiese visto: él fué la causa de la desgracia de mi hija Julia.

—¿Que dice usted!

—Si, doctor: creo que ya le he referido á usted algo de esa historia. Hijo, Salvador, vete á acostar para que te levantes temprano.

—Sí, papá, dijo el niño.

—Salvador se despidió de su abuelo y de su padrino.

Don Nemesio y el doctor quedaron frente á frente, disponiéndose á jugar un partido de ajedrez.

RECUERDOS.

—No culpo á nadie de nuestros males, dijo don Nemesio, cuando hubieron quedado solos, pero cuando conocí á ese joven, reinaba en mi hogar un contento y una paz octaviana. La primera noche que vino á casa, recuerdo que mi querida hija Julia tenía un placer que se le conocía en los ojos: los muebles brillaban de limpios; la sala estaba perfumada, mis hijas vestidas con sencillez pero con elegancia, esperaban la hora en que ese señor debía de llegar.

Por fin, se presentó; su exterior era bastante bueno: sus modales, su traje, todo era irreprochable. Su conversacion, aunque frívola, fué medida y respetuosa. En una palabra, no habia que reprocharle, repito, y sin embargo, cuando entró á esta misma sala, se me oprimió el corazon. Nunca he sido fatalista, pero estoy íntimamente convencido que nuestra alma tiene revelaciones secretas, que llamamos *corazonadas*.

Comenzó á visitarnos, y yo, sin saber por qué, presentia que la desgracia estaba suspendida encima de nuestras cabezas. Poco tiempo despues, ese joven envió á Julia un rega-